

PABLO ANTONIO CUADRA

EL ABUELO / MEMORIAS

*Mi abuelo encontraba las brumosas soledades de su nieto
más dulces que la sociedad humana.*

Robert Lowell

Al caer la tarde, después de cerrar su comercio
mi abuelo se encaminaba al lago con su hermoso perro
[y su nieto.
Bajaba por la calzada, una rambla sombreada de
[almendros,
una calle portefaña abierta a la aventura:
al fondo el muelle. Vapores y lanchas que atracaban o
[zarpaban.
Los vecinos se sentaban en las puertas de sus casas.
Un paseo al lago era un paseo orlado de saludos.
Mi abuelo los distribuía con el sombrero.

Mi abuelo se sentaba en los cimientos ruinosos
[del viejo fuerte.
Colocaba sus dos manos sobre el puño del bastón
y sobre sus manos el poderoso y voraz mentón de
[hombre de presa
mientras sus ojos azules elaborados
[hace siglos por el mar Cantábrico
lo traicionaban y se perdían en el horizonte
[nublados por la nostalgia.

Ya era rico entonces. Ya había cruzado veinte veces
[el Atlántico.
Compraba en París, en Londres, en Hamburgo,
[vendía en Nicaragua.
Pero amaba el mar. Y nunca pude saber, como se dice
[de los fenicios,
si navegó para comerciar o comerció para navegar.
—Abuelo —le decía— cuéntame otra vez de tu barco
[en el Mediterráneo escoltado por los delfines.
Y le preguntaba por Julio Verne a quien conoció
[en una tómbola.
Y por la Torre de Eiffel, fea como una jirafa de hierro.
Me miraba entre fastidiado y sorprendido.
No era locuaz. No era como mi padre que me hacía
[vivir sus relatos.
Me decía, numeral y añorante: en ese viaje
salimos de Génova a Nápoles, a Mesina, al Pireo,
[a Atenas, a Constantinopla;



recuerdo que navegamos de noche con luna hasta
[la isla de Rodas...
Y yo lo detenía: —¡Pero, abuelo!... Y la isla de Rodas
me llenaba de expectativas y ansiedades en el azul
[nocturno del Egeo.

El me miraba entre fastidiado y sonriente
y encendía su puro que mascaba con fuerza
[como los pescadores en las borrascas
mientras las olas golpeaban contra los
[cimientos del viejo fuerte
con sus viejos cañones llenos de herrumbre apuntando
[al infinito pretérito.

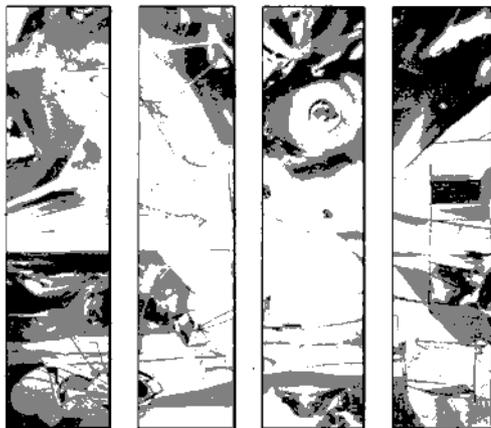
Mí padre, agricultor como Hesíodo,
citaba del aeda su temor "al mar de ruidos
[sin número"
y me decía: —"De tu madre te viene

[el gusto por las aguas.
Yo soy marinero en tierra". Y mi abuelo asentía
y me contaba de su abuelo don Lorenzo
—un vasco de Tolosa, un tipo barojiano,
["piloto de puerto y de derrota"
que cruzó los mares, entonces de España

[como timonel de veleros
y en su última ruta guió su barco de 500 toneladas
[al equivoco Pacífico;
cruzó Magallanes, subió el lento litoral del Sur
y cuando alcanzaba el Golfo de Fonseca
un huracán lo hizo naufragar frente al Realejo.
Así entró a León, amargado y náufrago
el fundador de la familia de mi madre.

(A este país no sólo lo hicieron conquistadores,
[gloriosos capitanes y destinos manifiestos
sino también náufragos, oscuros exilados
[y destinos adversos.)

Cuando mi abuelo llegaba a este punto
la historia sobrecogía la imaginación del nieto
que por entonces cruzaba el dulce tiempo
[de las iniciaciones.



Cuando Dios tiende al pequeño Adán y lo adormece
para que el sueño fabrique doncellas inasequibles
y mi abuelo acentuaba la expectación con una chispa
[de malicia en los ojos

porque en la casona leonesa donde el náufrago
se hospeda hay un jardín y en el jardín una higuera
[traída de los jardines mudéjares
y bajo la sombra de la higuera, como Eva,
[una muchacha que corta los frutos
y cruza luego los soñolientos corredores

[con un cestillo, con una cinta.
Años más tarde leí las amarillentas cartas cruzadas
entre los padres de Lorenzo, de Tolosa y los padres
[de Manuelita.

(En el cuadro del pintor provinciano los dedos
de Manuelita ofrecen un higo del cestillo
[al invisible amado)
y en las cartas unos padres hablan de
[dote y otros de virtudes

y en la casa de Tolosa de España
queda esperando al navegante
un aposento con una cama
con una mesa
con una lámpara
y unos libros de astronomía
y un tratado de geografía
y un cuaderno de cálculos
y una vieja brújula marcando inútilmente la ruta
[del retorno.

Porque en este país siempre hay un poema
[en el origen de las especies.
Y Manuelita engendró a Pedro que casó con Marcelina
Y Marcelina engendró a Salvador que casó con Isabel
e Isabel engendró a Mercedes y así entró el mar
[hasta el borde de mi cuna
en los ojos verdes de mi madre.